

ct

El caballero del espejo

de
Arturo Echavarren

(fragmento)

LOPE DE VEGA

Probablemente se habrá dado cuenta de que estoy sonriendo. Pero no me malinterprete; cuando sonrío, no sonrío como lo hacen los demás. En modo alguno. En modo alguno. Cuando sonrío, sonrío con todo el cuerpo. Las manos hacen muecas en los bolsillos del pantalón. Los pies se estremecen en los calcetines. Se me deshace el nudo de la corbata. Cuando sonrío, se me alborotan las manecillas del reloj. Solo mis zapatos conservan un espacio de seriedad. Son zapatos de una primitiva sobriedad. Tienen una gran seguridad en sí mismos. Demasiado grande, a mi entender; les impide la flexibilidad y el intercambio de puntos de vista. Si le interesa mi opinión, nada hay más grotesco que un zapato con ilusiones de grandeza.

De pronto, el Hombre de Verde se mete en el cuerpo una bocanada de aire por la boca y habla.

EL HOMBRE DE VERDE

Su cráneo.

LOPE DE VEGA

¿Mi cráneo?

EL HOMBRE DE VERDE

Me pregunto... qué está haciendo dentro de su cráneo.

LOPE DE VEGA

Supongo que estoy pensando.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Es eso lo que está haciendo?

LOPE DE VEGA

Si fuéramos a revisar las interioridades de nuestro cráneo con rigurosas demandas de realidad, todo lo que en él se contiene quedaría fuera de nuestra admiración. El pensador se ha hecho pensamiento. Esta ha sido toda nuestra catástrofe. Caminamos a gatas y, caminando a gatas, solo vemos suelo. ¿Me sigue?

EL HOMBRE DE VERDE

Vagamente.

Lope de Vega se acerca al escritorio, con su copa aun intacta en la mano.

LOPE DE VEGA

Estamos tan acostumbrados a nuestras ideas que no sabemos dónde acabamos nosotros y dónde empiezan nuestras ideas. Todo queda desdibujado. Por ello, no resulta difícil de comprender que uno pueda tener preferencia por sus propias ideas, del mismo modo que uno tiende a preferirse sobre el resto, y que las ideas de los demás no le despierten ningún interés o las considere dignas de

ser sofocadas con un silencio. Con una espada. Es un comportamiento genuinamente humano. Pero no deja de ser un hábito propio de rinocerontes.

EL HOMBRE DE VERDE

Sus dedos.

LOPE DE VEGA

¿Mis dedos?

EL HOMBRE DE VERDE

Están manchados de tinta.

*Aunque el Hombre de Verde no ha preguntado nada, sus palabras, sin duda acusadoras, parecen requerir una respuesta.
Lope de Vega mira sus dedos de soslayo.*

LOPE DE VEGA

Escribo.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Escribe?

LOPE DE VEGA

Palabras. (*Displícite*) Palabras.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Palabras?

LOPE DE VEGA

Solo palabras.

EL HOMBRE DE VERDE

No solo palabras. Esa tinta que veo en sus dedos es lo que no es y es más de lo que parece.

LOPE DE VEGA

¿Quiere conocer mi opinión? Realmente, no sabría por dónde empezar, ni, llegado el momento, cuándo concluir. En este caso, como en tantos otros, me encuentro al otro lado del telescopio.

El Hombre de Verde, sin apartar la vista de Lope de Vega, abre una gaveta del escritorio y extrae un libro con cubiertas de pergamino. Lope de Vega, que lo advierte con oculto temor, sigue hablando.

Tal vez le interesará saber que conozco a un hombre que jamás ha completado una frase. Eso es. Cuanto dice y decía y dice que dirá se orienta simultáneamente hacia lo entreabierto y lo entrecerrado. Es una esfinge volcada hacia dentro. Sus puntos suspensivos son largos caminos suspendidos en el aire, a falta de tres o cuatro puntos cardinales que enderecen sus veredas. Cuando habla, uno se encuentra perdido en la oscuridad. A mí, en cambio, me gustan las señales altas, los

luceros, el farol de hojalata. Que se vea muy bien el caminante en la senda y la senda en el sendero. En otras palabras, las palabras son todo lo que tengo.

El Hombre de Verde alza el libro que tiene en la mano.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Es suyo?

LOPE DE VEGA

¿Eso?

EL HOMBRE DE VERDE

Suyo.

LOPE DE VEGA

¿Mío?

EL HOMBRE DE VERDE

Eso es.

LOPE DE VEGA

Es mío.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Podría explicarlo?

LOPE DE VEGA

No. De hecho, en mi opinión, si es que mi opinión puede tener algún valor en esta materia, no hay ninguna necesidad de explicarlo, en la medida en que no admite ninguna explicación. Creo que solo puedo contestarle lo que contestaría una persona que contempla su vida de manera penetrante, sin ver otra cosa que un corazón que rueda de cuerpo en cuerpo; eso que he escrito es como es porque no puede ser de otra manera.

EL HOMBRE DE VERDE

(Suspicao) Me pregunto por qué dice lo que dice.

LOPE DE VEGA

¿Prefiere que diga lo que no digo?

EL HOMBRE DE VERDE

En cualquier caso, aún no me ha dicho lo que quiero saber.

LOPE DE VEGA

(Sinceramente) Créame que lo lamento.

EL HOMBRE DE VERDE

No se preocupe.

LOPE DE VEGA

Es muy amable. Notablemente amable, en la medida en que es usted un hombre notable. En usted lo notable y lo amable son dos alas de un gran pájaro lunar.

Pausa.

Debo confesar que, cuando converso, y confieso conversar con razonable frecuencia, me gusta mantener conversaciones con personas amables. En lo que a mí atañe, la amabilidad es una forma de amistad.

Lope de Vega mira de reojo al Hombre de Verde, para juzgar el efecto de sus palabras. Este permanece imperturbable, frío como la nieve del Cáucaso.

Tal vez le interesará saber que entre mis amistades más tempranas se encuentra el chocolate.

EL HOMBRE DE VERDE

(Apoyados los codos en la mesa, cruza los dedos y se acaricia los labios con los pulgares)

Continúe.

LOPE DE VEGA

Cuando lo conocí, el chocolate tenía todo el rostro manchado de leche. Sus manos eran rollizas y caían pesadamente sobre los objetos.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Qué vestía?

LOPE DE VEGA

¿Quién?

EL HOMBRE DE VERDE

El chocolate. ¿Qué vestía?

LOPE DE VEGA

Al chocolate le gustaba llevar un sombrero de copa baja y alas muy anchas y una capa de brocado arbolado. A simple vista, parecía un emperador romano.

EL HOMBRE DE VERDE

Oh.

LOPE DE VEGA

Pero no se engañe; al carecer de las riquezas más elementales, la vida del chocolate fue muy amarga.

EL HOMBRE DE VERDE

No lo dudo.

El Hombre de Verde apura su copa y avanza muy lentamente hacia el otro lado de la

habitación.

LOPE DE VEGA

Y tanto más amarga cuanto el chocolate no tenía nada de filósofo ni de ermitaño. Recuerdo que una tarde el chocolate me llevó a su casa, una casa que apenas se tenía en pie, y me enseñó un juego de cinco botones de madera para chaleco que había comprado en un mercadillo. Los contemplaba con una tenue sonrisa que tenía tres cuartas partes de estupor y una parte de júbilo. Aquello era su tesoro particular. Por eso no puedo evitar dolerme de aquellos petimetres que hoy hablan fríamente en nombre del chocolate y se consideran seguidores de su peculiar estilo, de su genio sin igual. Es lamentable que no lo apoyaran en los momentos difíciles que el chocolate tuvo que afrontar, cuando rompió a hervir por primera vez. En aquellos momentos cruciales, el chocolate buscaba afanosamente un lugar en el mundo, un lugar que no se dejaba encontrar. En este aspecto, yo tenía gran ventaja sobre él; el azúcar y las almendras no me entorpecían el camino.

El Hombre de Verde, que nuevamente ha escanciado vino en su copa, lo contempla con indiferencia.

EL HOMBRE DE VERDE

¿Por qué me cuenta todo esto?

LOPE DE VEGA

¿Cree que no debería contárselo?

EL HOMBRE DE VERDE

(Sus ojos arden como ascuas) Probablemente me confunde usted con uno de sus amigos.

LOPE DE VEGA

¡Oh, en modo alguno! En modo alguno. Mis amigos no son como usted. Mis amigos no se parecen a usted. Nunca podría confundirle con uno de mis amigos; la mayoría de mis amigos... son mujeres. Damas de toca y abanico, pastoras, lavanderas, comediantas. Mujeres que saben soñar dentro de un octosílabo. Desde luego, usted está adornado de numerosas cualidades, algunas de ellas ciertamente notables, pero, a fin de cuentas, usted es un hombre que no es una mujer.

EL HOMBRE DE VERDE

Soy lo que soy.